

Se apresta á celebrar de su querido
 Sacro Pastor el máximo decoro;
 Y aquel día por siempre bendecido
 En que recién ungido,
 De los levitas en el almo coro
 Ufano se alistaba,
 Y, ha medio siglo, por la vez primera
 Sobre marmóreo altar sacrificaba.

¿Qué mucho que sus hijos,
 Del ara en torno con sin par ternura,
 De tal Prelado en el semblante fijos
 Y revelando al mundo su ventura,
 Oren y clamen con ferviente anhelo
 Y, las ofrendas al mostrar, eleven
 El corazón al refulgente cielo?

Más hermosa en tus sienes
 De bello albor, munífico Prelado,
 Esplende ahora la bicorne mitra
 Tras los rudos vaivenes
 De mísera fortuna, que han templado
 Tu grande alma, que allá en lejano día
 Cuando con ella engalanó tu frente
 Juvenil, venturoso y sonriente
 Con blanda mano el ínclito Munguía.

¡Bendígate el Señor! ¡Que tus afanes
 Él premie, y te sostenga en este mundo
 Lleno de su fecundo
 Y santo amor! ¡Que siempre venerado
 Vivas por esta grey que pide al cielo
 Buena paz para tí, dicha y consuelo,
 Oh Pastor vigilante y gran Prelado!

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

EPITALAMIO.

¿Qué voz del cielo en el ambiente suena,
 Regalo del oído, y alegría
 Del corazón que atribulado pena?

¿Qué luz splende en la extensión vacía,
 Que en primor aventaja y hermosura
 A la nativa luz del primer día?

¿Qué nueva criación, en forma pura
 Y en gigantes proporciones brota
 Del seno inagotable de natura?

¿Qué gracia, en este infierno que borbota
 Entre sustos y llantos, se derrama,
 Y las almas conmueve y alborota?

En centro de infinito panorama
 Un paraíso se columbra y mira
 Del sol bermejo á la sagrada llama.

Feliz una pareja en él respira,
 Aunque en trabajos y en angustias puesta,
 Diez lustros ha, por la satánica ira.

Es un Pastor que en la montaña enhiesta,
 Heredad del Señor, vela constante
 De la esposa gentil la blanda siesta.

Ella rindióse al sueño, porque amante
Sufría al parecer, ó porque quiere
Sorprender al esposo vigilante.

Ella de amor no vive, sino muere,
Sin que pueda morir, mas se recrea
Aun en aquello mismo que la hiere.

El cedro que sus ramas balancea,
El resinoso pino que á él se hermana,
Y envidia la ciudad, y ama la aldea;

El madroño que, en tronco y fruto, grana
Se precia de ostentar, le prestan sombra,
En fragancia y frescura, soberana.

Le ofrecen blando lecho y muelle alfombra
Azucenas y lirios y violetas
Y flores que ninguna lengua nombra.

Le brindan con arrullos y secretas
Delicias las fontanas y los ríos
Y las tropas de pájaros inquietas.

Le infunden bienestar y desvaríos,
Que el corazón deleitan y la mente,
De Dios los salutíferos rocíos.

El Pastor á su lado, está pendiente
De todo movimiento de la Amada,
Del céfiro, del árbol, de la fuente,

Del colibrí que agita la enramada
Y aun del recio alumbrar del astro de oro.
Porque teme que sea despertada

Del sueño que aletarga á su tesoro,
El arroyuelo gárrulo lo enoja
Y del boscaje el murmurar sonoro.

El canto del zenzontle lo acongoja,
Y no quisiera que la luz febea
Brillara allí, ni se moviera una hoja.

Cuando algo con más fuerza se menea,
Se entristece en extremo lamentable;
Y dice á cuanto vive y la rodea:

“No, no la despertéis de su inefable
Descanso; pare el río; calle el viento;
Nada en torno se mueva, nadie hable.”

Y sin embargo, un triste pensamiento,
Porque duerme, su pecho enamorado
Tritura y pone en hórrido tormento.

Hoy es día para ambos fortunado,
Pues en sus luces y en sus horas todas
Renueva un felicísimo pasado;

Le acuerda las primeras castas bodas,
De dos almas feliz trueco de amores,
Que frutos guarda de cincuenta podas.

¡Que olvida, piensa, el día venturoso
De santa arcana unión! Por ese olvido
Lejos de él va á buscar paz y reposo.

“Despierta, osa decirle, bien querido;
Y dame y te daré los parabienes
En canto de los cielos aprendido.”

“Junta á mis sienas las tus blancas sienas,
Bésame con el beso de tu boca,
Panal de miel y de inmortales bienes.”

“Con tu mano derecha el pecho toca,
Y sentirás cuánto arde en recios fuegos,
A fundir poderosos una roca.”

Sin duda que, movida de sus ruegos,
La Esposa al disimulo da de mano,
Supremo ardid en amorosos juegos.

Pues si dormía, en gesto soberano
Que alegran resplandores y sonrisas,
Muestra libre quedar del sueño vano.

Al ver á su Pastor en duras prisas,
Se yergue, y á él que su presencia anhela,
En alas va de perfumadas brisas.

No corre más gallarda la gacela,
Si columbra á su ausente compañero,
Cuando al común albergue torna y vuela;

Ni más gozoso el ciervo hácia el venero
De la fontana pura, cuando brilla,
En frescas tardes, el primer lucero.

Al punto, por extraña maravilla,
Olvida su penar, y al casto abrazo,
Con que lo estrecha, la cerviz humilla.

Y luego la descansa en el regazo
De blanda seda, que le ofrece Ella
Con donaire y gentil desembarazo.

Y en raptos el Pastor y la Doncella,
De celestial amor en la dulzura,
El uno con la otra se querella.

Cómo se hablan, oid; y su ventura
El orbe envidiará, don de los cielos,
Que dichas más excelsas prefigura.

EL PASTOR.

Del corazón voy á rasgar los velos,
Si hay velos para tí, Paloma mía;
Mas no creas que en la alma siento celos.

Siete semanas de años más un día
Cumplen hoy, desde aquel en que atraído
Por tu gracia, hermosura y gallardía,

A mí te uniste, y por tu mano ungido
Fuí con un óleo, en santidad precioso,
Y me entraste al santuario de tu nido.

Entonces ¿lo recuerdas? ¡Ah! tu esposo
No lo olvida: entre el humo del incienso,
Más que fragantes flores aromoso,

Me distes á comer con gozo intenso
Un pan, que es de los Ángeles tesoro,
Místico pan, en la virtud inmenso;

Y me diste á beber en copa de oro
De un vino que vigora y no embriaga,
Gran misterio de fe que amo y adoro.

Y más, poder me diste para que haga
A toda hora ese pan y aquese vino,
En que de convertirse Dios se paga.

¡Prodigioso poder, de alto amor fino
Testimonio inmortal, que hace que al hombre
Baje obediente el Hacedor divino!

Al recuerdo feliz de este sin nombre
De los cielos favor, que sufra y pene,
Porque al sueño te entregas, no te asombre.

Me auguraba que en fiesta tan solenne
Velarías la víspera, esperando
Del nuevo sol la claridad perenne.

Pero veo ¡oh dolor! que el sueño blando
Preferistes, y no te congratulas
Connmigo, ni connmigo estás gozando.

ESPOSA.

Mi Pastorcillo, que en amar emulas
Y vences á millares, ¿por qué, duro,
Faltas sobre la que amas acumulas?

¡No he olvidado ese día, ¡te lo juro!
Antes ha de nacer la fresca rosa
Del fuego, y de la rosa el oro puro.

Primero al fondo de la mar undosa
Descenderá el condor, y á la montaña
Tregará la ballena monstrüosa.

¡Pensaste que dormía! . . . Esto me extraña
En tí, como me duelen tus enojos,
Aunque sean de amor, ó muestra ó maña.

Si á la sombra del álamo los ojos
Cerré, por ocultarte mi tristeza
Ha sido nada más, no por antojos.

Siendo de ambos la incólume belleza
Y ventura inefable de este día,
Poner alas debiste á la presteza;

Y á mí venir con himnos de alegría
A darme y recibir los parabienes:
Siempre fué del varon la primacía.

Bien sabes cuánto sufro; aquí me tienes;
Haces de amarga mirra llevo al pecho,
Y corona de espinas en las sienes.

A mis dolores es el mar estrecho,
Y angosta á mis trabajos la ancha tierra,
Que no produce inculta ni en barbecho.

Muchedumbre infernal me cerca y cierra,
Y sostengo contra ella gran combate,
De la Aurora al Ocaso cruda guerra.

Y sin embargo, ahora nada abate
El corazón que en júbilo rebosa,
Y en arrobos de amor apenas late.

Del gran aniversario la gloriosa
Fecha celebraremos aquí unidos,
El Esposo abrazado de la Esposa.

EL PASTOR.

Amiga mía, ¡cómo confundidos
Dejas los juicios hechos en tu agravio!
¡Cuánto son los esposos atrevidos!

Perdona los ultrajes de mi labio.
¿Qué sacrificios quieres que te ofrezca
De mi injusticia y yerro en desagravio?

El rostro más que púrpura enrojezca,
Más que fuego: que todo cuanto vive,
Menos tú, me desprecie y aborrezca.

Sobre mi pecho la sentencia escribe,
De tu piedad stampa el regio sello,
Y en tus amantes brazos me recibe.

Mas ya sonrías plácida. . . ¡Iris bello
De paz es tu sonrisa! A darte gracias
Quisiera consagrar vida y resuello.

Demos aquí de mano á las desgracias,
De cedros olorosos y laureles
A la sombra, y de cándidas acacias.

Tocaré mi rabel, de los rabeles
El mejor, según dicen los pastores
De estos contornos, siempre que lo anheles.

De santos, felicísimos amores
A gozar nos convida el claro río,
Y del bosque las aves y las flores;

Más aún el recuerdo, tuyo y mío,
De aquellos concertados Desposorios,
Que al alma fueron celestial rocío.

No han sido, como nube, transitorios
Los prometidos goces, que han durado
Media centuria, como ayer, notorios.

¿Sufres porque sus puertas franqueado
Ha Satanás al mal, y en campo abierto
Te propone combate encarnizado?

Aceptálo, y á pecho descubierto,
Que al cabo será tuya la victoria,
Pues lo que afirma Dios es siempre cierto.

Yo, que á tí comparado, soy escoria,
Lucharé, si me amparas de tu egida.
De sólo los que luchan es la gloria.

¡Oh! tú entre mil doncellas escogida,
¡Cuánto aumentas en gracia y hermosura,
Cuando eres del infierno combatida!

Torre asentada en ametista dura
Pareces, de que cuelgan cien escudos,
De mil triunfos y más señal segura.

Se levantan ejércitos sañudos,
Y gritan á una voz ¡muera la infame!,
Y tremen á tu vista y quedan mudos.

Témante otros, pero yo te ame,
Y goce de tus ojos, claros soles
En nuevo cielo, el fúlgido derrame.

De sus luces los blandos arreboles
Iluminan el mundo, y le abren senda
A donde el oro es puro sin crisoles.

Cuando te miro en la vellosa tienda
Descansar del combate, no vencida,
Entonces tu beldad es estupenda.

De variedad inmensa revestida,
En tu alma están de asiento las virtudes,
Y en tus senos de Dios la gracia anida.

Si los pórfidos tocas, en laudes
Se tornan, y en salterios celestiales,
Si las lenguas, de humanas multitudes.

Como en amenos campos virginales
Toda flor medra, en tí no hay una sola
Perfección que no alce sus reales.

La justicia sus lábaros tremola
En tus palacios siempre, y la prudencia
Te ciñe de su fúlgida aureola.

Fortaleza y templanza con su esencia
Te nutren y mantienen al abrigo
De torpe error y prava pestilencia.